

que saberlo pudieron los sabios con la sola luz de la razón? Confusión nuestra es haber de aprender esta sublime filosofía de los labios de quien no conoció la divina teología del cristianismo. Pero todavía debemos aprovecharnos de las enseñanzas contenidas en las máximas siguientes: «Gran cosa es no estragarse con el uso de las riquezas: grande es aquel que en las riquezas es pobre, pero más seguro el que no las tiene. Nunca tuvo poco el que está contento con lo que tiene, y nunca tuvo mucho el que desea más. No está la culpa en la pobreza sino en el pobre, porque ella es ligera, alegre y segura. Eres pobre, no porque lo seas, sino porque te tienes por tal.» Un pensamiento análogo expresaba el gran Crisóstomo cuando decía: «Bien digno eres de lástima, no porque eres pobre, sino porque, siéndolo te tienes por desgraciado.»<sup>1</sup> Ciertamente que el hombre no debiera lamentar la pobreza material, habiendo dicho Jesucristo: «Bienaventurados los pobres de espíritu», esto es, los que aman y abrazan la pobreza como Él la amó y abrazó por nosotros. «¿Qué cosa es entre todas las cosas humanas la más saludable y principal?» pregunta aquel gravísimo filósofo, y responde: «No admitir en el ánimo malos consejos, levantar las manos puras al cielo, no desear bien alguno que otro haya de perder, desear lo que se puede desear sin que otro lo contradiga, que es una mente santa; y todas las demás cosas que los mortales tanto estiman, mirarlas como cosas que como se vienen así se van.»

6. Admiración causa, hermanos míos, ver cómo juzgaban aquellos sabios del paganismo acerca de la felicidad verdadera del hombre en este mundo. Vergüenza y confusión debe ser para nosotros reconocer cuán errados vamos en el concepto de la felicidad, á pesar de la doctrina del Evangelio que tan claramente nos ha pintado

<sup>1</sup> Serm. 2, Ep. ad *Philipp.*

la bienaventuranza. Pero ¿cuántos hay entre los mismos cristianos que, como decía el Apóstol, no obedecen al Evangelio?<sup>1</sup> ¡Desgraciados, porque no sólo no hallarán la felicidad que van buscando en las vanidades de la tierra, sino que se reservan para el tremendo castigo que Dios descargará en el día de su gloria, sobre los que no quisieron conocer á Dios ni obedecer al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo!<sup>2</sup> ¡Oh! si siguiéramos el seguro criterio de la doctrina de las bienaventuranzas, veríamos que la única felicidad positiva acá en el mundo es vivir de acuerdo con las normas de la virtud cristiana, purificar el alma de toda mancha de pecados, refrenar con severa mortificación las pasiones que nos extravían, guardar escrupulosamente los divinos mandamientos, despreciar los bienes perecederos de la tierra y trabajar por adquirir los eternos; en una palabra, amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo por amor del mismo Dios. Pues bien, esta felicidad nos la proporciona por maravillosa manera la tribulación, por lo mismo que es, como hemos visto, escuela excelentísima de todas las virtudes. Si la tribulación nos hace virtuosos, ¿cómo no ha de poder hacernos felices? Y aunque lo dicho hasta aquí bastaría para demostrarlo, tomemos el asunto por otro aspecto y acabaremos de entender esta verdad. Entre los muchos y saludables efectos que la tribulación produce en las almas que saben sobrellevarla, tres son las principales: purificarlas, alumbrarlas y elevarlas á la más encumbrada perfección. Veámoslo con algún detenimiento.

7. Purificar el alma es lo primero que se necesita para ser virtuoso, lo mismo que para ser feliz. «Bienaventurados», dice el divino Maestro, los «limpios de corazón.»<sup>3</sup> Y ¿cómo puede haber virtud verdadera donde mora de asiento el pecado, estando la voluntad aherrojada y cautiva del mal?

<sup>1</sup> Rom. 10, 16.

<sup>2</sup> 2 Thess. 1, 8.

<sup>3</sup> Matth. 5, 8.

Y ¿cómo ha de ser feliz el que gime en tan odioso cautiverio, aunque tal vez, embriagado con el placer, no sienta todo el peso de sus cadenas? Sumido el hombre en el abismo del pecado por el abuso que suele hacer de la prosperidad, arrastrado de desorden en desorden por sus furiosos apetitos, olvidado completamente de Dios, su único bien, por tener puesto su corazón en los falsos bienes de las criaturas, ¿cómo despertará de su letargo, cómo sacudirá el peso de sus culpas, cómo volverá sobre sus pasos, se convertirá, se salvará? Difícilmente podrá conseguirlo, hermanos carísimos, mientras no sienta sobre su cabeza el golpe duro de la tribulación. «¿Cómo abrieron los ojos para ver y detestar sus culpas un San Pablo, un Manasés y el hijo pródigo del Evangelio? Ciego estaba Saulo cuando se le apareció Jesucristo y lo derribó en el camino de Damasco, y entonces conoció los errores en que vivía. Recurrió á Dios el rey Manasés hallándose preso en Babilonia, y conoció sus pecados é hizo penitencia de ellos. Cuando el hijo pródigo se vió reducido á la indigencia y afligido del hambre, dijo: 'Iré y me echaré á los pies de mi padre.' Fué, pues, en la tribulación. Mientras vivieron en la prosperidad, solamente pensaban en el mundo y en los vicios.» Así discurre San Alfonso María de Ligorio<sup>1</sup>. Y es porque la tribulación nos separa y desapega de las cosas de la tierra. Dios, dice San Agustín, mezcla con las terrenas felicidades tales amarguras, que nos obligan á buscar otra felicidad cuya dulzura no nos engañe<sup>2</sup>. Fuera de eso, los que viven en la prosperidad suelen dejarse arrastrar de la soberbia, de la vanagloria, del deseo inmoderado de adquirir riquezas, honores y placeres, mientras que la tribulación nos humilla y nos hace cobrar hastío de los bienes y pasatiempos

<sup>1</sup> Serm. Dom. 2. Adv.

<sup>2</sup> Serm. 29 de Verb. Domini.

mundanos, impidiendo el Señor por este medio que seamos condenados con el mundo: *A Domino corripiamur, ut non cum hoc mundo damnemur*<sup>1</sup>. Finalmente, observa el mismo santo Doctor, las tribulaciones nos hacen acordarnos de Dios, á quien habíamos olvidado en la prosperidad, y nos fuerzan á recurrir á su misericordia, viendo que solamente Él es quien puede socorrernos y salvarnos de ellas. Por eso decía David hablando de los hebreos: «Cuando Dios los castigaba con la muerte, lo buscaban y se volvían á Él»<sup>2</sup>; y el benignísimo Señor convida á los atribulados á llegarse á Él, ofreciéndoles consuelo y alivio: «Venid á mí todos los que padecéis trabajos, que yo os aliviaré.»<sup>3</sup> Así es como purifica el alma el fuego de la tribulación.

8. «Pongamos un ejemplo», escribe el piadoso autor del Tratado de la Tribulación<sup>4</sup>. «Tomemos un mozo noble, rico, lozano, en la flor de su edad y en la locura de su juventud, el cual sigue sus apetitos sin rienda, y de noche y de día no piensa ni trata de otra cosa sino de holgarse en fiestas, en juegos, en pasatiempos y amores lascivos, olvidado de sí y de Dios, y de que la muerte le puede saltar á lo mejor. Si á este mozo de repente le da un dolor de costado ú otra enfermedad que en pocos días le marchita y consume, y le hace entender que dentro de pocas horas le puede acabar y dar con él en el infierno, si no está del todo loco, cierto es que volverá en sí, y hablando consigo mismo se dirá: ¿Qué es esto en que me veo? ¿dónde estoy? ¿qué he hecho? ¿soy yo fulano? ¡Ay dolor á que me han traído mis pecados! Y considerando la muchedumbre y la gravedad y fealdad de ellos, se espanta de sí y gime, y con lágrimas y sollozos se vuelve á Dios y le suplica que le

<sup>1</sup> I Cor. II, 32.

<sup>2</sup> Ps. 77, 34.

<sup>3</sup> Matth. II, 28.

<sup>4</sup> Rivadeneyra, Trat. de la Trib. p. I. c. 7.

perdone, y propone de enmendar su vida, si Dios le alargare los plazos de ella.» Ahí tenéis á un hombre convertido por la virtud de la tribulación.

9. Mas no basta lanzar de sí el veneno del pecado y purificar el corazón para ser justo y feliz. Porque también ha puesto Jesucristo la bienaventuranza en la humildad y pobreza de espíritu, en la mansedumbre, en la paciencia, en la paz del alma y en la misericordia. Para practicar todas estas virtudes, en que se cifra la felicidad de la vida presente, ayuda poderosa y eficazmente la lumbre que irradia en torno la tribulación, la cual, si para los malos es tinieblas, es luz para los buenos. ¡Oh! y ¡cómo alumbra y esclarece al alma la tribulación! Así lo dice el Espíritu Santo por Isaías: «Sólo la vejación da entendimiento al oído»<sup>1</sup>, esto es, sólo la aflicción y la pena hace que entienda el hombre lo que muchas veces había oído y no entendido. Con la hiel de un pez, figura de la tribulación, más amarga que la hiel, alumbró Dios á Tobías, y con aquella luz del cielo que recibió, vió las cosas que antes no veía y también se vió á sí mismo. Así vemos, con la luz de los trabajos y penalidades de la vida, el poco valor y tomo de estas cosas inferiores á nosotros, la salud, la hermosura del cuerpo, la nobleza y honras del mundo, las riquezas y pompas vanas, que, cuando las poseemos y gozamos sin contrariedad ni pesadumbre, nos parecen de tanta estimación y precio, que en ellas ponemos todos los afectos de nuestro corazón. Por eso Dios nuestro Señor, dice un escritor ascético, cuando nos ve hinchados con estos bienes, y que nos parece que son dichosos los que los poseen, y que no puede perderse la hacienda, ni la honra, ni debilitarse la salud, ni marchitarse la belleza, y que nunca se ha de secar ni acabar esta florecita de nuestra miserable vida, entonces á des-

<sup>1</sup> Is. 28, 19.

hora nos quita estos bienes para que entendamos que no lo son verdaderos, pues no pueden hacer bueno al que los posee, ni darle verdadero contento y felicidad<sup>1</sup>. De aquí nace la pobreza de espíritu, la paciencia, la compasión para con nuestros prójimos pacientes, y, como consecuencia de estas preciosas virtudes, un riquísimo caudal de méritos ante Dios, que nos preparan una recompensa de que, como dice el Apóstol, no son condignos todos los sufrimientos de esta vida temporal<sup>2</sup>. Pero además nos alumbra la tribulación para que nos conozcamos á nosotros mismos, conocimiento que es de tanta importancia en la vida espiritual, como lo prueba aquella famosa sentencia de la antigüedad: «Conócete á ti mismo». El hombre en la prosperidad se ciega y no se conoce hasta que la tribulación le hace abrir los ojos y conocer lo que es. Por eso dijo Jeremías: «Yo soy varón que conozco mi pobreza, cuando Vos, Señor, levantáis la vara de vuestra indignación.»<sup>3</sup> Y conociendo cuán poco valemos y podemos, nos confundimos y humillamos y acudimos por favor á quien puede socorrernos, diciendo con el Profeta: «Bueno ha sido para mí que me hayáis humillado, para que aprenda yo vuestra ley que es la que sola justifica y causa toda virtud y santidad.»<sup>4</sup>

10. Más todavía hace la tribulación, porque nos perfecciona y santifica, elevándonos á lo más alto de la caridad que es la conformidad con la voluntad del Señor, lo mismo en lo arduo y penoso que en lo fácil y deleitable. San Gregorio dice que así como crece la llama, si el viento la agita, así se perfecciona el alma agitada por la tribulación. Según San Francisco de Sales, la ciencia de los santos es sufrir constantemente por Jesucristo para llegar presto á ser bienaventurados<sup>5</sup>. ¿Á qué mayor

<sup>1</sup> Rivadeneyra, op. cit.

<sup>2</sup> Rom. 8, 18.

<sup>3</sup> Thren. 3, 1.

<sup>4</sup> Ps. 118, 71.

<sup>5</sup> Apud Ligorio, op. cit.

perfección puede aspirar el hombre que á la semejanza con Cristo crucificado y lleno de dolores? Pues á esta semejanza no se llega sino por el camino de la tribulación. «Bebe con gusto», dice la Imitación de Cristo, «el cáliz del Señor, si quieres ser su amigo y tener parte con Él. Dispónte á sufrir tribulaciones, y repútalas por las mayores consolaciones. Cuando llegares á tal grado que la tribulación te sea dulce y sabrosa por amor de Cristo, entonces cree que te va bien, porque hallaste el paraíso en la tierra.»<sup>1</sup> Y así es en efecto, hermanos carísimos, que la caridad de Dios y el amor á Jesucristo hacen gustar á los santos una bienaventuranza anticipada. Ellos presienten ya, en medio de sus padecimientos, las delicias del paraíso. «Llave del cielo», llama San Crisóstomo á la cruz de Cristo. Y San Cipriano exclamaba: «¿Qué es todo esto, todo cuanto hay que padecer, para los siervos de Dios á quienes el paraíso está convidando con sus goces eternos?» «Una sola gota de la consolación divina», dice el autor del Tratado de la Tribulación, «tiene fuerzas para templar y endulzar la amargura de un mar océano de aficciones, como vemos en los santos mártires. Y por esto dice el Apóstol que se gloriaba en sus tribulaciones<sup>2</sup>. ¡Oh! ¡cuántas consolaciones suele Dios conceder á los que sufren por su amor! Las mismas persecuciones se nos convierten en flores, y las espinas en rosas, y el consuelo y recreo divino que en ellas nos regala, vale más que todos los bienes de la tierra que podemos dejar.» Así es como la tribulación nos perfecciona, según estas palabras del Apóstol: «La tribulación obra en nosotros paciencia, la paciencia, probación, la probación, esperanza, y la esperanza no confunde ni engaña á nadie, porque la caridad de Dios se difunde en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido comunicado.»<sup>3</sup>

<sup>1</sup> *Imit.* l. 2, c. 12.<sup>2</sup> 2 Cor. 12, 9.<sup>3</sup> Rom. 5, 5.

II. Aquí tenéis, hermanos míos, cómo las tribulaciones bien llevadas nos hacen felices aun en esta vida, cumpliéndose la promesa de Jesucristo: «Bienaventurados los que lloran»<sup>1</sup>, porque ellos serán consolados, no sólo en la patria, sino aun en el destierro, donde Dios tiene para los suyos tesoros de felicidad que el mundo no conoce. ¡Dichoso quien sabe merecerlos!

### TERCERA CONFERENCIA.

#### Causas y remedios de la tribulación.

Si erit malum in civitate, quod Dominus non fuerit.

Amos 3, 6.

I. Por muy excelente que sea la tribulación sobrellevada con espíritu cristiano, y por muchas y grandes que sean las ventajas que, como hemos visto, nos proporciona, no sólo haciéndonos adquirir tesoros de merecimientos para la vida futura, sino también concurriendo á nuestra felicidad en la vida presente, no por eso, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, se nos veda por ningún mandamiento el procurar alivio y remedio en nuestras tribulaciones, ni menos el acudir á Dios en demanda de socorro y ayuda para salir airosos de ellas. El Profeta clamaba en mil ocasiones: *Deus, in adiutorium meum intende: Domine, ad adiuvandam me festina* — «¡Oh Dios! atiende á mi favor; ¡oh Señor! date prisa á venir en mi ayuda.»<sup>2</sup> Y tenía por regla de conducta clamar al Señor cuando se veía atribulado, seguro de ser escuchado favorablemente<sup>3</sup>. Para librarnos, pues, de las tribulaciones, ó siquiera atenuar sus rigores y acortar su duración, ó, cuando nada de esto sea posible, adquirir fortaleza y bríos para

<sup>1</sup> Matth. 5, 5.<sup>2</sup> Ps. 69, 2.<sup>3</sup> *Ibid.* 119, 1.